

# LA SIGNIFICACIÓN DEL TIEMPO EN LAS LENGUAS

Luis Fernando Lara

CENTRO DE ESTUDIOS LINGÜÍSTICOS Y LITERARIOS

EL COLEGIO DE MÉXICO

---

## RESUMEN

*Las maneras de significar la temporalidad en las lenguas constituyen uno de los temas fundamentales, tanto del estudio de la adquisición de la lengua materna, como de la descripción de diferentes lenguas. Con un acercamiento semántico de base pragmática se busca fijar con claridad la distinción entre tiempo y aspecto verbales, con el objetivo de facilitar la comprensión de las muchas lenguas del mundo en las que la temporalidad no se significa con tiempos verbales, y en las que el aspecto verbal tiene el papel central en la manifestación de la temporalidad de los procesos.*

---

PALABRAS CLAVE: tiempo verbal, aspecto, temporalidad, español, maya yucateco

ABSTRACT

*Among the main questions in the study of language acquisition and language description appears the ways to signify temporality. With a semantic and pragmatic approach, this article essays to fix the distinction between tense and verbal aspect, in order to facilitate the understanding of many languages in the world in which temporality is not signified with tenses, and on the contrary, verbal aspect takes the main role in the expression of processes temporality.*

---

KEY WORDS: tense, aspect, temporality, Spanish, Yucatec Maya

Fecha de recepción del artículo: 10 de junio de 2011  
Fecha de recepción de la versión revisada: 30 de agosto de 2011  
Fecha de aceptación: 13 de septiembre de 2011

Dirección del autor:  
Luis Fernando Lara  
Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios  
El Colegio de México  
Camino al Ajusco 20  
Col. Pedregal de Santa Teresa  
10740, México, D.F.  
lara@colmex.mx

*A la memoria de Alejandro Rossi*

Una dificultad permanente de la enseñanza de la lingüística, en particular cuando se trata de hablantes de lenguas amerindias, proviene del papel que tiene en su reflexión la lengua española como modelo de lengua prestigiosa, y del efecto correspondiente sobre su comprensión y su práctica descriptiva de la lengua propia. Entre los muchos temas difíciles que se les presentan está, sin duda, el de la necesidad de diferenciar las lenguas que, como el español, tienen un sistema prioritario de tiempos verbales, frente a otras, como el maya y varias lenguas del mismo tronco, cuyos sistemas de significación de la temporalidad son prioritariamente aspectuales. Por más que la diferencia entre tiempo y aspecto sea central en los estudios gramaticales,<sup>1</sup> su comprensión no es tan clara como se supondría; todo lo contrario, la conceptualización plena de los sistemas aspectuales suele ser parcial o sustituirse por una exposición meramente gramatical. A aclarar esa diferencia desde un punto de vista semántico va dirigido el siguiente ensayo.

\* \* \*

Usamos las palabras para darnos a entender y sin reflexionar mucho en ellas. Brotan de nuestros labios en un flujo casi constante, correspondiente al intervalo infinitesimal que tardan nuestros pensamientos en articularse en lengua. No sólo eso: la articulación verbal de nuestra habla es seguramente un elemento central de la propia organización del pensamiento. Trabajamos con conceptos muchas veces bien definidos, que no requieren una formulación verbal, pero lo cierto es que para aprender esos conceptos tuvimos la necesidad de que alguien nos los comunicara hablando, además de luego pasar a practicarlos hasta tener un conocimiento pleno de ellos.

Una de esas palabras que usamos a diario y mediante las cuales nos entendemos es la palabra *tiempo*. Usarla supondría que nos habríamos formado previamente un concepto del tiempo, pero la más mínima inspección de las maneras de

<sup>1</sup> Es extensa la bibliografía internacional acerca de la distinción entre tiempo y aspecto. Las obras citadas, en particular Pollak (1960) y Cohen (1993) exponen con profundidad el tema, más allá de las diversas posiciones teóricas contemporáneas; Weinrich (1971) abre vías hacia la consideración del discurso que, en este trabajo, no he explorado. Más recientemente puede verse con provecho Comrie (1976).

usar la palabra nos puede demostrar que no es así: un niño pequeño podrá comprender expresiones como “Hace mucho *tiempo*, vivían en un lejano país...”, o responder fácilmente a preguntas como “¿Tienes *tiempo* para ir a jugar?”, e incluso gritar en un partido de fútbol: “¡*Tiempo*, árbitro, *tiempo!*”. Sin embargo, si le preguntamos qué quiere decir la palabra *tiempo* o qué es el *tiempo*, lo meteremos en dificultades y no sabrá contestarnos. El niño experimenta el tiempo más que atendiendo a su propia evolución, a su propio cambio, en relación con acontecimientos que ha vivido y de los cuales conserva memoria. Gisela Szagun, una estudiosa alemana de la adquisición de la lengua materna, observa que su hija, de tres años de edad, sólo da sentido a la palabra *gestern* ‘ayer’ cuando recuerda experiencias concretas de su corta vida: la llegada de su abuela a visitarla o haber visto un caracol en el jardín. Sólo desde los cinco años de edad comenzó a acercarse al significado adulto de esa palabra (Szagun, 1983). Algo semejante se puede suponer que haya sucedido a todos los seres humanos y en todas las épocas, con la diferencia de que han sido las diversas culturas las que han llegado a elaborar concepciones del tiempo diferentes y variadas.

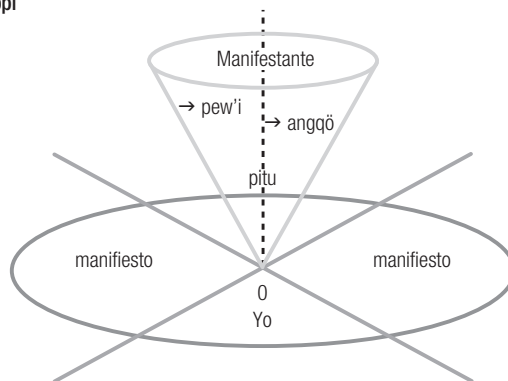
En un bello opúsculo, titulado “An american indian model of the universe” (1964: 57-64), el ingeniero químico y lingüista estadounidense Benjamin Lee Whorf sostenía hacia 1930 que el pueblo hopi, un pueblo del tronco lingüístico yutonahua, habitante de Arizona, no tiene signos para hablar del tiempo, ni del pasado, el presente y el futuro, o de lo que dura. Lo que Whorf denomina “metafísica” hopi del tiempo y el espacio se basa en una distinción entre lo *manifiesto* y lo *manifestante*, es decir, entre lo que se ha experimentado como un hecho, como algo “objetivo”, y aquello que no se ha experimentado, que no se ha hecho manifiesto, que “está en el corazón” del hablante —como traduce Whorf (1964: 60) la expresión de los hopis—, en su pensamiento, en sus deseos, es decir, que puede llegar a manifestarse, o “subjetivo”. Hay que señalar que la distinción objetivo/subjetivo que emplea Whorf no es muy adecuada, en cuanto que lo considerado objetivo también depende del sujeto que habla. Según Whorf, lo *manifiesto* comprende todo lo que ha sido accesible a los sentidos, es decir el presente y el pasado, pero no el futuro, que es *manifestante*.

Lo manifestante incluye aquello que no está delante de uno, en el futuro, sino ya contenido en la potencia del corazón, algo que puede acaecerle a uno, y le acaece ya sea ‘hacia este lugar’ —hacia el que habla— *pew’i*; ‘desde este lugar’ —desde donde se habla, el punto cero de la enunciación— *angqö*; o simplemente

le ‘sobreviene’: *pitu*, la manifestación terminal en un punto dado. Probablemente<sup>2</sup> estas tres maneras de inminente manifestación se puedan traducir a nuestra lengua y nuestra lingüística mediante una distinción entre paciente: *pew’i*; agente: *angqö*, y el mero acontecer: *pitu*, lo que también corresponde a una distinción entre causación y ocurrencia. Observa Whorf, además, que a lo manifestante corresponde aquella parte del presente en que algo empieza a manifestarse, como empezar a dormir o a escribir: hay una forma verbal *inceptiva* o *incoativa* para expresarlo, que supone a la vez el final de la causación de la acción.

Si la interpretación de Whorf es correcta, no se puede considerar que las categorías de manifiesto/manifestante sean categorías temporales como las que encontramos en español, en francés, en inglés o en alemán. Las tres distinciones, que ahora podríamos formular como *pew’i* ‘a punto de sucederle a uno’; *angqö* ‘a punto de hacer uno algo’ y *pitu* ‘a punto de ocurrir algo’, están *espacialmente localizadas* en el punto de la enunciación. Así, sostiene Whorf, el ámbito de lo manifiesto corresponde al espacio, a la extensión, que se orienta por el acto de la enunciación, por el lugar del *yo* que habla, y los cuatro puntos cardinales. El eje del *yo* o el lugar que ocupa el *yo* en el acto de hablar, es en donde se sitúa lo manifestante, mientras todo lo manifiesto se sitúa en el espacio en torno a él. En consecuencia, todo lo que sucede en el ámbito objetivo sucede en la distancia, no en el tiempo. La simultaneidad de dos acciones en lugares distantes se convierte en una distancia, no en una temporalidad.

Figura 1. No-tiempo en hopi



<sup>2</sup> Para poder afirmar que así sea, sería necesario contar con una descripción semántica completa del hopi, que Whorf no ofrece y de la que no dispongo.

Esta concepción, si es cierta (pues varias de las descripciones de Whorf se tendrían que verificar en obras más modernas y con más rigor), no supone un tiempo ni cíclico, como hemos llegado a creer, ni lineal, como el de muchas lenguas europeas como el español, sino un no-tiempo, en el que la vivencia humana se extiende, en cuanto experimentada y objetiva, en la distancia; y en cuanto todavía no experimentada, en la conciencia, lugar del futuro como esperanza y quizá también como destino. El ayer será lo que se quedó atrás, lejos, en el camino recorrido, y quizá sea imposible, en hopi, hablar de una simultaneidad en la lejanía, como cuando decimos: “mientras nosotros trabajamos, en la India duermen plácidamente”. Lo que ha llevado a creer que la concepción del tiempo entre los hopis es circular, una manifestación india del eterno retorno, es el hecho de que el pasado remoto, el de los mitos, corresponde a lo manifestante, que está en el “corazón” del hablante; es decir, a lo que para hablantes de lenguas como el español se significa mediante el pasado —la historia, los mitos— o el futuro (el porvenir como regeneración de los mitos).

He estado usando la palabra *tiempo* de una manera que todos entendemos, e incluso he parafraseado las ideas de Whorf acerca de la manifestación no temporal de acciones en hopi tomando como medio de descripción lo que todos entendemos por *tiempo*. Lo mismo sucede a todo científico que tenga que ver con acontecimientos del pasado, del presente o del futuro, con intervalos que se miden con unidades temporales, con procesos cuya naturaleza o cuya duración se reconocen con medidas de tiempo. Para estos científicos, la palabra *tiempo* no corresponde a sus vocabularios especializados, sino que la utilizan como el resto de la sociedad, en su uso ordinario, por lo que comparten con todos los miembros de la sociedad el significado de la palabra. Es decir, la palabra *tiempo* y lo que entendemos con ella son anteriores a las teorías científicas que lo manejan y a los medios de los que se ha dotado la humanidad para medirlo. Lo mismo, la palabra *tiempo* y sus correspondientes en griego, *cronos*, en latín, *tempus*, en alemán, *Zeit*<sup>3</sup> son anteriores al pensamiento filosófico acerca de él.<sup>4</sup>

<sup>3</sup> En alemán y en inglés se distingue entre *Zeit*, *time* para lo que ordinariamente se entiende por ‘tiempo’ y *Tempus* y *tense* para el tiempo verbal; en este artículo no manejo la distinción porque no es pertinente para mi argumentación.

<sup>4</sup> Al respecto, *vid.* Putnam (1975) y mis elaboraciones al respecto en Lara (1996) y Lara (2001).

El sociólogo Norbert Elias insiste en el efecto que tiene sobre nuestro pensamiento acerca del tiempo el hecho de que en estas lenguas la palabra que utilizamos sea un sustantivo, que nos lleva a atribuirle una identidad estática, contraria al fluido que significa, y una existencia independiente del ser humano: “Con el concepto del tiempo no se trata ni de una ‘representación’ conceptual de un flujo objetivamente existente, ni de una forma de la vivencia anterior a toda experiencia humana”.<sup>5</sup>

Aunque la lingüística, como el resto de las ciencias y del pensamiento acerca de las cosas, no procede, por lo común, de manera diferente cuando estudia el tiempo en las lenguas, es necesario deslindar cuidadosamente su uso de las palabras y el modo en que utiliza el concepto del tiempo, pues sólo en la ciencia del lenguaje su objeto de estudio, las lenguas, se utiliza también como instrumento de estudio y de explicación. Ninguna otra ciencia se enfrenta a la peligrosa confusión entre lo que se estudia y el instrumento utilizado para ese estudio, como lo tiene que hacer la lingüística.

A diferencia de los hopis, entre nosotros, en español, en las lenguas europeas occidentales y en muchas más, la experiencia del tiempo y su significación se establecen a partir del yo que habla en un momento dado —lo que técnicamente llamamos “punto cero de la enunciación”—, y desde ese momento, que delimita el presente, refiere hacia el pasado o hacia el futuro; es decir, hay una temporalidad lineal en que la vida fluye desde el pasado en dirección del futuro. Este hecho, propio de un conjunto de lenguas de que el español forma parte, y de la civilización a que han dado lugar, se nos impone como única manera de significar el tiempo y de comprenderlo. De ahí la dificultad para hablar de las concepciones hopis del transcurso de la vida y la necesidad de esforzarse por abrir la significación científica del estudio de la temporalidad de tal manera que, aunque se hable del tiempo como lo hacemos en la vida social, haya un resquicio por donde se pueda interpretar la significación del tiempo propia de otras lenguas, tan diferentes del español como el hopi, sin contaminarla con la significación que le damos en nuestra propia lengua.

<sup>5</sup> “Weder um ein begriffliches ‘Abbild’ von einem objektiven existierenden Fluss noch um eine vor aller Erfahrung existierenden Erlebnisform aller Menschen handelt” (Elias, 1988: xvii). La traducción es mía.

La pregunta que se puede hacer un lingüista tiene dos partes, si se quiere comprender en plenitud la manifestación del tiempo en las lenguas: la primera es ¿cómo percibe el ser humano el tiempo?; la segunda: ¿cómo significa su experiencia del tiempo o, mejor dicho, de la temporalidad de las acciones en que participa o las que relata?

Dije primero “manifestación del tiempo en las lenguas” y sólo después “significación de la temporalidad de las acciones en las lenguas”. En relación con lo primero, las propias lenguas son fenómenos temporales, en donde el elemento central es la sucesión de sonidos, de sílabas, de morfemas, de oraciones, de párrafos, de períodos. Esa sucesión tiene medidas universales en el plano sonoro, en parte determinadas por el ritmo de la respiración; pero aunque se trate de diferencias en fracciones de segundo, el modo en que se suceden los morfemas en cada lengua, incluso los instantes de espera del oyente para poder terminar de comprender una oración, debido, por ejemplo, a la posición final del verbo en latín o en alemán (el hipébaton es, para nosotros, en español, una figura retórica), o a la posición de ciertos marcadores semánticos en purépecha, esos modos caracterizan a cada lengua y son objetos de estudio interesantes para la lingüística. Pero mi objetivo ahora no es desarrollar la *manifestación* del tiempo en las lenguas, sino sólo exponer el ámbito de la *significación* de la temporalidad en las lenguas.

Jean Piaget (1973: 201), como Elias, afirma que “hay una fuerte tendencia... a hablar de una intuición del tiempo o de conceptos temporales, como si el tiempo pudiese, a semejanza del espacio, ser percibido y concebido independientemente de los seres o de los acontecimientos que lo llenan”. En efecto, en una sociedad y en una civilización como la nuestra, pensamos el tiempo como si fuera parte de la naturaleza, que está eternamente presente, sin límites ni determinaciones; pensamos el tiempo como si fuera una entidad en la cual nuestra vida se inserta durante cierto número de años, o en la cual el universo se extiende. Pero ni como adultos ni como niños podemos formarnos una intuición del tiempo sin acudir a ciertos apoyos que nos sirvan como punto de referencia para experimentar la temporalidad.<sup>6</sup> La hija de

<sup>6</sup> “Der Ausdruck ‘Zeit’ verweist also auf dieses ‘In-Beziehung-Setzen’ von Positionen oder Abschnitten zweier oder mehrerer kontinuierlich bewegter Geschehenabläufe” (Elias, 1988: xvii). También Bull (1960: 12): “No satisfactory understanding of the problems of time and tense appears to be possible without the observations that time is inferred from the perception of order and seriality in cosmic events, and that the order of events... is meaningless unless set in direct relation to the ego perceiving order.”



Gisela Szagun, como relaté antes, se acercaba al reconocimiento del paso del tiempo sólo cuando tenía en su memoria algún acontecimiento previo memorable: la visita de su abuela o la asombrosa aparición de un caracol en su jardín en un momento determinado de su vida, que quedaba registrado en su memoria. Pero en esa primera percepción del paso del tiempo, afirma Piaget (1973: 209), el niño “juzga del tiempo físico como si se tratara de duraciones internas contraíbles y dilatables en función de los contenidos de la acción”; para la niña alemana, el significado del adverbio *gestern* ‘ayer’ se dilataba o se contraía caprichosamente, y si la visita de la abuela había acontecido uno o diez días antes, *gestern* seguía significándola de la misma manera, en tanto otro acontecimiento memorable no llegara a sustituir la atención en su memoria. Sólo cuando la niña se acercaba a los cinco años de edad el adverbio comenzó a significar el día anterior al presente, como en la lengua de los adultos. Es decir, que el niño “no posee al principio un sistema temporal interno más que exterior, y construye poco a poco su tiempo propio apoyándose sobre el tiempo exterior, y procediendo según los mismos mecanismos después de haber conocido los mismos errores” (Piaget, 1973: 242). Ese tiempo exterior, que conduce al niño a la formación de su concepto del tiempo, queda marcado inicialmente para la niña Szagun por la medida que le ofrece el adverbio *gestern*. En el largo proceso, de cerca de dos años, que lleva del ayer, *gestern*, como marca del recuerdo de un acontecimiento, a la diferencia entre *ayer* y *hoy*, y más tarde a la diferencia entre el presente y el pasado, se inserta la medida significada por el adverbio. Tanto para poder situarse el individuo en el tiempo de los demás como para discernir diferencias en el transcurso psicológico de uno mismo, en la sucesión de estados de la conciencia o en la duración de esos estados, hace falta una medida. Por eso, desde la más remota antigüedad, la noción del tiempo ha estado, ligada a la medida y ésta es una medida del movimiento, situada en el espacio: del cielo para los pitagóricos y Platón, como señala Abbagnano (1974, s.v), pero también para las culturas mesoamericanas.

La percepción del paso del tiempo se basa, en consecuencia, en dos aprehensiones: “el orden de sucesión de los acontecimientos y el encaje de las duraciones que los vinculan” (Piaget, 1973: 262). Se puede suponer que ambas son percepciones de todos los seres humanos, como lo sostiene la psicología genética y, en consecuencia, marco de referencia para comprender los modos en que diferentes lenguas significan la temporalidad. Pero hay que señalar, en particular a muchos lingüistas contemporáneos, que la percepción del paso del tiempo es in-

dependiente de las lenguas y no constituye un “universal lingüístico”, sino un fenómeno de la inteligencia (aunque las lenguas intervengan desde muy temprano en la constitución del concepto del tiempo).

En español, como en el resto de las lenguas romances y la mayoría de las europeas, hay un predominio del orden de sucesión, manifiesto mediante los tiempos verbales, sobre ese “encaje de las duraciones” de las acciones, procesos o eventos significados. En otras lenguas como el maya yucateco, muchas otras amerindias y quizá el hawaiano, el malayo, el estonio y el finés, el orden de sucesión no se significa mediante signos como los tiempos verbales, sino sólo mediante adverbios, conjunciones, o la mera sucesión de una oración tras otra, correspondientes a la sucesión percibida de los acontecimientos mismos (lo que muchos lingüistas actuales llaman, equívocamente, “iconicidad”). En esas lenguas, en cambio, predomina la significación de la duración de las acciones, los procesos o los eventos.

Comenzaré por aclarar cómo se significa la temporalidad en el primer grupo de lenguas, que privilegio sencillamente porque el español, una de ellas, es nuestra lengua materna, en la que organizamos nuestra comprensión.

La significación es una acción de la persona que habla o que escribe. Es ella la que fija tres clases de coordenadas: la de las relaciones que se establecen con su oyente, sus oyentes y aquellos de los que habla, llamada técnicamente *deixis personal*, que expresamos mediante pronombres personales: *yo, tú, ustedes, él, ella, ellos, ellas*; la de las relaciones que se establecen desde el lugar que ocupa quien habla con sus oyentes o con objetos o situaciones a los que se refiere, llamada *deixis locativa* y que manifestamos mediante adverbios como *aquí, allí, allá* o adjetivos como *ese, eso*; y la de las relaciones que se establecen a partir del momento en que se habla, el acto de enunciación, con los acontecimientos o las acciones de que se habla, llamada *deixis temporal*, que significamos mediante tiempos verbales: presente, pasado, futuro, y mediante adverbios como *ahora, antes o después*.

En el primer grupo de lenguas, en español, la persona que habla fija como punto de referencia el momento en que habla y significa el presente. El pasado y el futuro se delimitan en relación con el presente como momentos anteriores y posteriores a él, lo cual da por resultado una concepción lineal del tiempo. Las acciones, los procesos o los eventos de los que se habla se sitúan siempre en relación con el momento de la enunciación, razón por la cual el pasado siempre precede al presente y éste al futuro, en una sola dirección: la famosa “flecha del

tiempo”. Vale la pena observar que el tiempo calendárico, medido en segundos, minutos, horas, días, años, años luz, parsecs, se ha abstraído en nuestra civilización respecto a la vivencia de la temporalidad mediante la medida de los fenómenos celestes<sup>7</sup> y que es esa abstracción la que permite, como señala William E. Bull (1960: 5-6), hablar del tiempo en ambas direcciones: hacia el pasado y hacia el futuro, o hablar del tiempo como un fenómeno reversible.

En relación con el presente, que fija el acto de enunciación, se puede distinguir un momento determinado o puntual, o las características de la duración del evento, el proceso o la acción referidos; es decir, se pueden distinguir eventos o acciones instantáneos o durativos en el presente. Lo mismo se puede hacer al significar acciones o eventos del pasado, ya sea mediante el pretérito perfecto o pretérito en la terminología escolar heredada de Andrés Bello para acciones, procesos o eventos terminados: *canté una canción, llovió toda la tarde*, o mediante el pretérito imperfecto o copretérito para acciones, procesos o eventos durativos: *cantaba una canción, llovía toda la tarde*. En cuanto a eventos o acciones futuras, *cantaré* sólo significa el acontecimiento posterior al presente, independientemente de su duración, mientras que el futuro perfecto o antefuturo significa una acción que se habrá terminado de realizar en un momento posterior al presente: *habré cantado una canción para cuando tú llegues*. Como se ve, en español, una vez fijado el orden de sucesión temporal, se significan también distinciones en la duración de una acción o de un evento.

Es necesario distinguir con cuidado entre la sucesión temporal y la delimitación de la duración de las acciones, procesos o eventos o, como lo dice Piaget, “el encaje de las duraciones que los vinculan”. Cuando se enfoca la sucesión temporal de acciones, procesos o eventos, lo que interesa es precisamente cuáles son anteriores y cuáles son posteriores en relación con el momento de la enunciación. En cambio, si se enfoca la acción, el proceso o el evento en sí mismo, independientemente de cómo se sitúe en relación con el momento de la enunciación, no interesa el marco temporal en que acontecen, sino las características temporales de la acción o del evento mismos, el modo en que se desarrollan durante el intervalo temporal en que duran. En la gramática es lo que corresponde a la categoría del *aspecto* y lo que significa el *aspecto* es la delimitación de la duración de los procesos. De esa manera se distingue un *aspecto imperfectivo*, cuando la acción

<sup>7</sup> Ese es uno de los temas centrales de la obra de Elias, anteriormente citada.

o el evento no se significan como terminados, de uno *perfectivo*, cuando se consideran ya terminados.

El sistema de conjugación de los tiempos verbales del español o del francés es muy complejo, debido a la gran cantidad de combinaciones que se hacen entre las significaciones de los tres tiempos básicos y sus aspectos. Por eso el español tiene diez tiempos en indicativo y seis en subjuntivo, que se caracterizan por añadir a la significación temporal la simultaneidad o la sucesión de otra acción o evento: “cuando *conteste*, me dices”, o la posibilidad de que ocurran: “quizá no *venga* hoy” en presente; “mandó que *viniera*” en pretérito de subjuntivo, “ojalá te *haya gustado*” en antepresente; y la posibilidad de la acción: “quien así lo *hiciera*, que la nación se lo demande” en futuro de subjuntivo, o “si no lo *hubiere hecho*, la nación me lo demandará” en antefuturo. La combinación de tiempos entre los modos indicativo y subjuntivo da al español una riqueza notable en comparación con otras lenguas del mismo tipo, como el inglés, pues permite matizar muchas sucesiones o simultaneidades de acciones, procesos o eventos referidos o relatados, aunque el manejo de estos signos no se adquiriera espontáneamente, sino mediante un aprendizaje que forma uno de los elementos centrales de la educación de la lengua en la escuela elemental.

También, claro, como dije antes, se significa la temporalidad mediante adverbios, que determinan puntos de referencia para situar acciones o eventos: *antes*, *ahora* y *después*; *hoy*, *ayer* y *mañana*, sobre la base del tiempo que podríamos llamar “objetivo”, e incluso expresiones calendáricas como “el doce de octubre de 2008”.

Cuesta trabajo concebir la temporalidad de una manera diferente a la que nuestra lengua materna, la cultura a la que pertenece y la civilización de la que forma parte nos tienen acostumbrados. Pero es necesario separarse de esa manera de concebir la significación del tiempo si se quiere comprender y valorar lenguas que lo significan de otros modos. Para hacerlo hay que pensar las acciones, los procesos o los eventos de manera independiente al momento de la enunciación. Dicho de otra manera, hay que comenzar a concebir esas acciones o procesos en ellos mismos, como expuse antes, en su propia duración, y separarlos de la sucesión temporal en que se produzcan.

Ésta es una diferencia central: imaginemos que deseamos hablar acerca de un acontecimiento que consiste en que una persona lee el periódico. En español, la temporalidad de ese acontecimiento se fija a partir del momento en el que hablamos:

si el acontecimiento fue anterior a ese momento, diremos “leyó el periódico”, incluso podemos hablar de un acontecimiento previo al de leer el periódico: “después de haber desayunado, leyó el periódico”. Significamos, a partir del momento en que hablamos, una acción pasada e incluso una acción anterior a esa acción pasada: digamos que significamos un pasado del pasado; no necesitamos decir si esos acontecimientos sucedieron ayer, hace una semana o hace 20 años. Ahora hay que hacer la prueba de hablar de lo mismo pero sin fijarlo respecto del momento en que hablamos, sino sólo interesados en las acciones mismas, las acciones del desayuno y la lectura. Tanto el desayuno como la lectura tienen duración y son los momentos que los delimitan los que nos pueden señalar una temporalidad: si me interesa decir que la lectura duró cierto tiempo, si terminó, si comienza. Lo mismo en relación con el desayuno. Esas acciones pueden llevarse a cabo ahora, pero también pueden haberse llevado a cabo antes de ahora, aunque para indicar el momento en que sucedieron sólo puedo hacerlo a partir del contexto o mediante adverbios: “ayer, Juan desayuna o terminó de desayunar y luego lee o comenzó a leer o terminó de leer”.

Es lo que sucede, por ejemplo, en el maya yucateco actual:<sup>8</sup> *Táan in xok-ik le periyóodiko-o'* quiere decir que estoy leyendo el periódico, que estaba leyéndolo o que estaré leyéndolo; es decir, no significo el momento en que lo leo, sino solamente la continuidad de ese proceso. No hay referencia al acto de la enunciación, como en español, y no se puede decidir si la acción sucedió en el pasado, está sucediendo en el presente o habrá de suceder en el futuro.

En *ts'o'k in xok-ik le periyóodiko-o'* quiero decir que leí o hube leído o habré leído el periódico, pero no digo nada acerca del tiempo en que lo hago, sino sólo significo que esa acción mía alcanzó su terminación o su acabamiento.

En *mukah in xok le periyóodiko-o'* únicamente quiero decir que comienza la lectura del periódico, como ‘voy a leer el periódico’ o ‘estaré leyendo el periódico’.

Se pueden introducir otros signos para precisar la proximidad de la acción: *Ta'itak in xok-ik le periyóodiko-o'*, en donde *ta'itak* significa la casi realización de la acción y, en consecuencia, un futuro próximo pero de la acción misma: ‘casi he leído, o casi terminé de leer o casi habré acabado de leer el periódico’.

En *táant in xok-ik le periyóodiko-o'*, *táant* significa un pasado inmediato de la acción: ‘acabo de leer el periódico, acabé o habré acabado de leer el periódico’.

<sup>8</sup> Tomo estos datos de Bohnemeyer (2002).

El pasado reciente de la acción se significa con *sáan in xok le periyóodiko-o'* o 'hace poco leo el periódico, leí el periódico o hube leído el periódico'. Por último, el pasado remoto de la acción se expresa con *úuch in xok le periyóodiko-o'* y así digo que 'hace mucho tiempo leo el periódico', o 'que hace mucho tiempo leí el periódico'.

Hay que agregar que, a diferencia del español, en que el sujeto de la enunciación se significa siempre pues en la conjugación verbal está siempre la significación de la persona que ejecuta o que recibe la acción, en lenguas como el maya yucateco y muchas más ese sujeto de la enunciación no se significa. Algunas de ellas no tienen signos para la primera persona *yo* sino que, cuando hace falta, se manifiesta por su posición (deixis locativa): *aquí* (algo que solemos hacer en nuestro español coloquial: "*aquí*, su servidor"). De otra manera, la mera voz del hablante *indica* (no *significa*) a la primera persona y con eso basta para que el acto de la enunciación se realice.

Para resumir las características de lenguas como el maya yucateco que no tienen signos para significar la deixis temporal sino sólo signos que delimitan la duración de las acciones, los procesos o los eventos significados, digamos que el momento de la enunciación solamente sirve para "construir la escena" en que se significa una acción, un proceso o un evento. No hace falta temporalizarla o situarla en el tiempo referido al momento de la enunciación, al presente del emisor, como sucede en español, sino que solamente interesa saber que ocurren esas acciones; es decir, la significación se refiere a la acción, el proceso o el evento mismo. Desde que se empezaron a estudiar lenguas que tienen estas características, como el griego o las eslavas,<sup>9</sup> el *aspecto* de la duración de las acciones, los procesos o los eventos que se significan vino a constituir un concepto central de la lingüística.

Por extraño que parezca, la preferencia por la significación del aspecto sobre la de la deixis temporal es un fenómeno común a muchas lenguas, entre ellas varias que culturalmente consideramos "clásicas": Émile Benveniste, uno de los

<sup>9</sup> Los primeros en notar las peculiaridades del aspecto fueron los estudiosos de las lenguas eslavas. El introductor del término *aspecto* fue un traductor, Reiff, de la gramática rusa de Greč, en 1829. En ruso el término es *vid*, correspondiente al griego Εἶδος y al latín *videre*. En esloveno, por ejemplo, el aspecto significa la manera en que se ve, se considera el transcurso temporal de la acción, si dura, si se repite o si es momentánea (según Bajee en *Slovenska Slovnica*, Kolaričy Rupel, 1956; *apud* Pollak, 1960: 33).

lingüistas del siglo XX cuya obra perdurará por mucho tiempo, y el francés David Cohen,<sup>10</sup> señalan entre ellas el hebreo y el árabe, pero también agregan el griego y el latín. En todas ellas, acciones, procesos o eventos se significan ante todo por su carácter de ‘acabado’ o ‘terminado’ o de ‘inacabado’ o ‘no terminado’, es decir, por las características de su intervalo. Es poco sabido, por ejemplo, que en la gramática latina, Varrón organizaba la morfología del verbo en dos grandes *temas*: *infectum* o inacabado y *perfectum* o acabado,<sup>11</sup> dos *aspectos* a los que se subordinaban los tiempos verbales. El aoristo griego significa una acción puntual, frente a la duración inacabada del presente y la acabada del perfecto.

Cuando se independiza la duración de una acción del momento de la enunciación en que se habla de ella la acción se tematiza, es decir, se privilegia por ella misma, y se deja en un plano secundario su referencia a una temporalidad marcada por el hablante. A esa tematización de la acción llaman ahora varios lingüistas “tiempo tópico”, en relación con el cual se pueden destacar seis aspectos: acabado o perfectivo, no acabado o imperfectivo, estado inicial, estado final, estado inmediatamente previo o inmediatamente posterior (Bohnmeyer, 2002: 39).

Y como en esas lenguas el verbo no se caracteriza morfológicamente por sus afijos temporales (como sucede en español), la única manera de reconocerlo es por su función constitutiva: su capacidad para predicar algo.<sup>12</sup> Es lo que pasa también con el maya yucateco. Sus “partes de la oración” se dividen en dos grandes categorías predicativas: una *estativa*, es decir, que significa lo que es un hecho, está ahí, existe, que engloba sustantivos y adjetivos, pero también lógicamente las correspondencias mayas de verbos del español como *ser* o *estar*, y otra de procesos y cambios de estado, que corresponde a los verbos; éstos se dividen en transitivos e intransitivos, y estos últimos en activos, inactivos, incoativos y posicionales, es decir, todos marcados por su aspecto.

<sup>10</sup> En *Annuaire du Collège de France*, 1961, p. 260. *Apud* Cohen (1993).

<sup>11</sup> Corresponden al *infectum* el presente (*amo, scribis*), el pretérito imperfecto (*amabam, scribebam*) y el futuro (*amabo, scribo*). Corresponden al *perfectum* el pretérito perfecto (*amavi, scripsi*), el pluscuamperfecto (*amaveram, scriberam*) y el futuro perfecto (*amavero, scripsero*).

<sup>12</sup> Así, dice Cohen (1993: 53): “la clase de los verbos se caracteriza, por tanto, sintácticamente, por oposición a la de los nombres, como la clase de las formas cuya base sólo puede desempeñar la función de predicado, es decir, que sólo puede constituir el término predicativo o el núcleo de este término, cuando éste se encuentra formado por un conjunto sintagmático”.

En hebreo, árabe, griego o las lenguas eslavas, que también prefieren el encaje de las duraciones a las sucesiones, las características de la acción o del evento significados se manifiestan, además, mediante afijos de valor léxico que incluso forman nuevos verbos, lo que tradicionalmente se llama “modo de acción” o, en alemán, *Aktionsart*, como en ruso, en donde *govorit* quiere decir ‘hablar no terminado, imperfectivo’ y *skazat* significa ‘decir, ya terminado, perfectivo’.

El modo de acción o *Aktionsart* no es una categoría temporal, sino sustantiva: define las características propias del desarrollo de la acción, el proceso o el evento de que se habla, el modo de ser del proceso significado en el verbo. Así, en francés, *battre* ‘dar de golpes’ se distingue de *abattre* ‘tirar, abatir’; en alemán *jagen* ‘cazar’ (intransitivo) de *erjagen* ‘dar caza a, lograr la caza de’ (transitivo); en español, por ejemplo, la familia de *invocar*, *evocar*, *provocar*, *advocar*, *revocar* a partir de una raíz latina *vocare* ha dado usos modernos en los que el papel semántico del modo de acción ha quedado oscurecido.

Este rápido intento de mostrar cómo la experiencia humana de la temporalidad se significa de diferentes maneras en las lenguas se puede resumir en que tal significación se da de cuatro maneras: mediante signos deícticos temporales, como en español; mediante la significación del encaje de las duraciones de las acciones, los acontecimientos o eventos significados en la expresión verbal, como en maya yucateco, pero también en latín, griego, hebreo y árabe; mediante la analogía temporal entre la acción o el acontecimiento significados y el decurso del habla; y mediante adverbios y signos calendáricos. Estos dos últimos procedimientos los comparten, al parecer, todas las lenguas.

No parece posible y mucho menos conveniente suponer una evolución lineal de los sistemas de significación del tiempo, que condujera de las lenguas antiguas a los sistemas de las lenguas europeas occidentales modernas, así como tampoco pensar que haya alguna relación causal directa entre la aprehensión cognoscitiva del tiempo y la formación de los sistemas lingüísticos, pues ambas suposiciones conducirían a un determinismo injustificable en términos científicos y morales.

En cambio, es necesario afirmar que el hecho de que muchas lenguas amerindias, como el maya yucateco, signifiquen la temporalidad mediante signos aspectuales, no las demerita frente a lenguas como el español, ni se justifica forzar sus sistemas aspectuales a parecerse al sistema temporal del español, so pena de una incomprensión radical que, en particular, impide una adecuada y sana cons-



trucción de gramáticas pedagógicas, que tanta falta hacen en la educación de los pueblos amerindios mexicanos.

## BIBLIOGRAFÍA

- ABBAGNANO, N. (1974). *Diccionario de filosofía*. México: Fondo de Cultura Económica.
- BOHNEMEYER, J. (2002). *The grammar of time reference in Yukatek Maya*. München: Lincom Europa.
- BULL, W. E. (1960). *Time, tense and the verb. A study in theoretical and applied linguistics, with particular attention to Spanish*. Berkeley: University of California Press.
- COHEN, D. (1993). *El aspecto verbal*. Madrid: Visor Libros.
- COMRIE, B. (1976). *Aspect: An introduction to the study of verbal aspect and related problems*. Cambridge: Cambridge University Press.
- ELIAS, N. (1988). *Über die Zeit*. Frankfurt a. M.: Suhrkamp.
- LARA RAMOS, L. F. (1996). *Teoría del diccionario monolingüe*. México: El Colegio de México.
- (2001). *Ensayos de teoría semántica. Lengua natural y lenguajes científicos*. México: El Colegio de México.
- PIAGET, J. (1978). *El desarrollo de la noción de tiempo en el niño*. México: Fondo de Cultura Económica.
- POLLAK, W. (1960). *Studien zum 'Verbalaspekt' im Französischen*. Wien: Österreichische Akademie der Wissenschaften.
- PUTNAM, H. (1975). *Mind, language and reality, philosophical papers*, Vol. 2. Cambridge: Cambridge University Press.
- SZAGUN, G. (1983). *Bedeutungsentwicklung beim Kind. Wie Kinder Wörter entdecken*. München: Urban & Schwarzenberg.
- WEINRICH, H. (1971). *Tempus. Besprochen und erzählte Welt*. Stuttgart: W. Kohlhammer.
- WHORF, B. L. (1964). An American Indian model of the universe. En J. B. Carroll (ed.). *Language, thought and reality. Selected writings of B. L. Whorf* (pp. 57-64). Cambridge, Mass.: MIT Press.